

Homilía en la Misa por el Papa (25º Aniversario)

San Nicolás, 26 octubre, 2003

Queridos hermanos y hermanas:

Celebrar esta Eucaristía por el Papa Juan Pablo II es para nosotros un deber. En todas las comunidades, como ocurrió en los comienzos, se ha pedido al Señor por el Papa y hemos agradecido a Dios el don de su vida entregada hasta el agotamiento manifiesto. Ha sido una semana intensa de recuerdos vivos y emocionados.

Os he convocado a esta Eucaristía, cuando se han acabado estos ecos sonoros y la imagen del Papa no aparece en las pantallas como en días anteriores. Revivir estos acontecimientos en fechas posteriores pretende indicarnos que nuestra oración por el Papa, intensificada en momentos concretos, como es el 25º aniversario de su elección y de la inauguración de su ministerio, esta oración por el Papa es y debe ser permanente, de todos los días. Así lo hacemos en cada Eucaristía y así se le recuerda en todas los idiomas y en los cinco continentes.

¿Por qué damos gracias a Dios?

Por el servicio de Pedro, en primer lugar. Porque el Señor confió a Pedro el deber de alentar la fe de todos los hermanos, porque le entregó el cayado de pastor universal, porque Pedro es la piedra sobre la que Él edificó y sigue edificando su Iglesia. Es una gracia inimaginable para la Iglesia contar con el servicio permanente de Pedro, signo de unidad y comunión, roca firme de fe. "Cristo, 'Piedra viva', asegura a su Iglesia, edificada sobre Pedro, la victoria sobre los poderes de la muerte. Pedro, a causa de la fe confesada por él, será la roca inquebrantable de la Iglesia. Tendrá la misión de custodiar esta fe ante todo desfallecimiento y de confirmar en ella a los hermanos" (Cat. de la Iglesia Católica, nº 552).

Además, damos gracias al Señor, porque reconocemos este servicio en la persona del Papa Juan Pablo II, sucesor de S. Pedro, y por eso "es el principio y fundamento visible de unidad tanto de los Obispos como de la muchedumbre de fieles (LG 23). El Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia tiene un nombre: Papa Juan Pablo II".

Escuchando con paz el Evangelio, que se ha proclamado, me era fácil contrastarlo con la vida del Papa Juan Pablo II.

- Primero, en Jesús, que era Dios, vemos un *hombre*. Era hombre verdadero. Leyendo el Evangelio surge la admiración por la extraordinaria humanidad de Cristo. Su humanidad se hace de comprensión, de acogida, de perdón, de aliento, de cargarse el dolor, de escuchar, de espera. En Jesús, Dios es humano.

El Papa Juan Pablo II es un hombre: de convicciones hondas, de fortaleza, de amor al hombre, de diálogo con la cultura, de lealtad, de servicio, de capacidad de aguante, de entrega hasta agotarse, como he dicho. Es hombre en su debilidad actual, que no esconde.

- Hemos escuchado además que Jesús *iba de camino*. El Señor fue un caminante empedernido. De los tres años de ministerio público, incontables días los dedicó a caminar con la gente, buscando a la gente, empolvándose los pies con ella. El cristiano no es, sobre todo sedentario, sino caminante. El Papa no ha vivido enclaustrado su servicio a la Iglesia. Ha recorrido los caminos de todo el mundo. Las ciudades, los poblados y las parroquias. Ir de camino es acercarse a hermanos de otras confesiones, ha recorrido a pie el camino de ecumenismo. Ha vivido y hace vivir el camino de la misión "Ad gentes".

- Jesús *escuchó la llamada de Bartimeo*. Un hombre desde la cuneta le llamaba con insistencia. A Cristo le atrae el hombre. Nunca pasó de largo ante su dolor. Supo bajarse sin rodeos hasta cualquier cuneta. Se retrató en el Buen Samaritano.

Al Papa Juan Pablo le preocupa también el hombre. Ha escuchado la voz del hombre del trabajo, de la cultura, de la emigración. Se ha acercado a la cárcel y al hospital. Ha sido voz de los que no pueden hablar. Su primera carta, como mira a Cristo, mira también al hombre. Y ha unido a Cristo con el hombre, como es la realidad. Ha defendido la dignidad de todo hombre. Ha defendido la solidaridad y no ha decaído su voz para defender la vida del hombre contra el hambre, el genocidio, la especulación, el aborto, la guerra. El Papa un infatigable trabajador de la paz, en Asís y en tantas partes. Del hombre ha dicho que es camino hacia la Iglesia y es camino de dirección obligatoria hacia Dios.

- Siguiendo la lectura del Evangelio le dijeron a Bartimeo: *¡Animo! Jesús te llama*. Y se impuso a los que le prohibían llamarle. Se detuvo el Señor y dijo: " *¡Llamadle!*"

Cuántas veces el Papa ha llamado al hombre. A reconocer lo que es. A descubrir su destino. A que en su mirada descubra a Dios. A que en Dios descubra el sentido hondo y magnífico de ser hombre. Lo ha hecho en audiencias multitudinarias. En discursos incontables, en catequesis. En las Naciones Unidas. En los que él llama "nuevos areópagos". En más de 50 lenguas ha llamado al hombre. En los cinco continentes. En sus emocionadas Jornadas de la Juventud, de huella imborrable.

- Como el profeta Jeremías, en la primera lectura de este domingo, ha llamado al hombre a la *esperanza*. Ha presentado con dolor a nuestra Europa presa de desesperanza e incertidumbre y la llama a encontrarse consigo misma. En cuántas ocasiones ha gritado "*esperanza*". Acaba de escribir una carta, especialmente dirigida a nosotros, los Obispos, y su contenido está repleto de esperanza. Así la define: "*Sobre el obispo servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*".

- Y, como hizo el Señor con Bartimeo, el Papa Juan Pablo II, conocedor cercano del mundo y del hombre, que ha abierto las puertas del III Milenio, ejercido el trabajo y servicio de "oculista" del mundo. Enseñar a abrir los ojos a Dios. No se cansa de invitar a contemplar el rostro de Cristo, a poner gotas de fe en las secas pupilas del hombre. Saber mirar la vida y discernir los valores, que se nos ofrecen. Llama a levantar serenamente la vista: hacia Dios, hacia Cristo, hacia el Espíritu, porque en la Trinidad y en la Iglesia, se ofrece el perfil del hombre verdadero. Trabaja para quitar vendas de odio, de ambición, de racismo, la ceguera del terrorismo y de la explotación.

- Por último el ciego Bartimeo se *puso a seguir a Cristo*. Se fue con Él. Es persistente la invitación del Papa, sobre todo a los jóvenes, a seguir a Cristo con todo. Se lo merece. Vale la pena. Hacen falta jóvenes, chicos y chicas, que sigan con ilusión a Cristo, que lo dejen todo y se vayan con Él, para ser sus manos y su corazón en el mundo.

A seguir a Cristo invita también con fuerza y de modo permanente a todos los creyentes. Lo dijo con voz robusta y fuerte desde el primer día: "*¡No temáis! ¡Abrid las puertas a Cristo!*" A Cristo ha anunciado en todas las lenguas.

Con el fondo rico y sugerente del Evangelio de este domingo, junto al Señor, os he presentado al Papa Juan Pablo II. En realidad, a la vez, os he estado hablando con gozo de la Iglesia Universal. Os hablaba también de nuestra Iglesia Diocesana. En la escena de Jesús con Bartimeo reconocemos igualmente el programa de nuestro Plan

Diocesano de Pastoral. Jesús, y por eso el Papa, con el recuerdo de la Iglesia Universal nos sitúa en la Iglesia Diocesana, nuestra Madre generosa y paciente.

Estamos en la casa de Santa María del Remedio. El Papa siente una profunda devoción a la Madre de Dios, la Madre del Redentor. Lleva su emblema en su escudo sencillo. De Ella ha escrito con frecuencia. Muchas veces, si no todas, termina sus escritos con una oración a María. En nuestras manos ha puesto con interés el Rosario de la Virgen para acercarnos a Cristo, contemplando su vida y su rostro, para pedir por la familia y por la paz.

En esta tarde, ante esta imagen querida por nosotros, recordamos con afecto y gratitud al Papa Juan Pablo II y lo encomendamos a su corazón de Madre.